

* Eligió el apellido Quevedo
"porque escribo lo que veo"

* Hasta los taxis los pedía
orando a la Divina Providencia

Se llamaba Rita Salas, pero eligió un seudónimo eufónico y significativo: Violeta Quevedo. Violeta, porque era "como la flor que oculta su cabeza en las yerbas", y Quevedo, "porque escribo lo que veo".

Su obra, compuesta por ocho folletos que Leopoldo Castedo recopilara con el nombre de *Las antenas del destino*, aspira a representar permanentemente la existencia del milagro, con la fe chestertoniana y la inocencia del Aduanero Rousseau. Con paso vacilante, traspone a diario el umbral de las maravillas.

En sus libros pone cuanto le sale al camino. Caídas, sueños, conversaciones, viajes, oraciones, enfermedades. Era un ser puro y extraño. En lugar de buscar a las personas en la guía telefónica y llamarlas en caso de necesidad, acudía a la iglesia para pedir a Dios que se las pusiese en el camino. Y casi siempre lo lograba. "Choqué" — cuenta Eduardo Anguita — "con Violeta en las puertas mismas de la



Violeta y sus embrollos

iglesia de Las Agustinas. Iba a publicar otro libro, pero antes había ido a pedirle a la Virgen poder encontrarme casualmente".

Es probable que recargara a Dios o a la Virgen, invocándolos bastante, pero lo hacía con perfecta inocencia. Trabajo les dio en extremo, obligándolos al milagro para que todo se cumpliera como ella lo pedía.

Se molesta si va a una Iglesia y, cuando ella espera la prédica, con harto fervor, el sacerdote "empieza a informar todo el tiempo de los Zapatas que se casaban con otras Zapatas". Si en un viaje se le pierde un crucifijo, ofrece propina al capitán "para que a todos esos negros del Perú o Guayaquil los registren".

Alaba la honradez del norteamericano, por no haber tomado un paletó que olvidara en una tienda: "aquí", advierte, "no habría contado el cuento". Dudaba de la honradez de las personas. Solía entrar —ha recordado un amigo— a las pasteles,

en Providencia, y, al tocar con la punta del dedo los pasteles, murmuraba: "¡Moscas!, ¡añejos!"

Al ver la tumba de Santa Clara, donde ésta se halla a la vista de los visitantes, sin embalsamar, admite: "a pesar de lo negra que se ve, se conserva muy bien".

Si se saca una fotografía, piensa dos veces, porque "a las mujeres, les agrada mucho verse mejores que peores". De tiene un taxi, que había solicitado a la Divina Providencia. Bajan dos personas para ayudarla: "a pesar de mi incredulidad, les pregunto: ¿son buenos ustedes?. Usted nos cree cogoterros, me contestaron".

Va a Las Vertientes, "pueblo ignorado por mí en absoluto que existiese". Ve la belleza y se pregunta qué puede hacer ante ella. La "voz invisible" le responde. "con una energía que no tenía réplica: cada una hace lo que puede".

Una persona de la familia, O.C. de F., dice a Violeta y a su hermana: "Ustedes

que hacen trabajar harto a la Providencia".

Si va a un tedioso restaurante, en Las Vertientes, "más eran los boches de Sofía con esas gentes comunistas incivilizadas que lo que nos servíamos". No admite la alabanza. Un chofer de taxi le dice: "Qué linda su cartera". "Adiós mi plata, dije yo".

En Llole, al comenzar el almuerzo en una residencial, advierte a los huéspedes, "para que no nos envenenaran", con esta frase: "Las viandas están descompuestas".

Para ella, Chile es el país de los Cacos. La policía no descubre absolutamente nada. La animarán, de por vida, las palabras de un santo varón salesiano: "Camino adelante". Huésped de la gracia, hizo exclamar a Joaquín Edwards Bello: "¡Valiente Violeta! ¡Yo te admiro!"

Chilena feliz, todos la admiramos...